

**TIEMPO ORDINARIO****CORPUS CHRISTI****3 de junio****INVOCAMOS LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO:****PARTIR DEL TEXTO DE LA VIDA**

Aquí podemos compartir nuestra situación personal, ¿cómo hemos llegado hoy al encuentro con los hermanos y con la Palabra de Dios?

**LECTURA****Mc 14,12-16.22-26***¡Habla, Señor, que tu **pueblo escucha!*****REALIZAMOS EL ECO****REFLEXIONAMOS**

Después de veinte siglos, en los que ha ocurrido de todo en la S. Misa, cuya celebración ha ido cambiando a lo largo de los siglos, se cuidaron unos aspectos y se descuidaron otros. Ha servido de marco para coronaciones de reyes y papas, rendir homenajes, conmemorar victorias de guerra; los músicos la han convertido en concierto, los pueblos la han integrado en sus devociones y costumbres religiosas; puede ser necesario recordar alguno de los rasgos esenciales de la Cena del Señor, tal como era recordada y vida por las primeras generaciones cristianas.

En el trasfondo está la convicción firme, la muerte de Jesús no romperá la comunión con él. Nadie ha de sentir el vacío de su ausencia. Sus discípulos no se quedan solos, a merced de la historia. En el centro de toda comunidad cristiana que celebra la eucaristía está Cristo vivo y operante. Aquí está el secreto de su fuerza.

De él se alimenta la fe de sus seguidores. No basta asistir a esa cena. Los discípulos son invitados a “comer”. Para alimentar nuestra adhesión a Jesucristo necesitamos reunirnos a escuchar sus palabras e introducirlas en nuestro corazón; necesitamos acercarnos a comulgar con él identificándonos con su estilo de vivir. Ninguna otra experiencia nos puede ofrecer alimento más sólido.

No hemos de olvidar que “comulgar” con Jesús es comulgar con alguien que ha vivido y ha muerto “entregado” totalmente a los demás. Así insiste Jesús. Su cuerpo es un “cuerpo entregado” y su sangre es una “sangre derramada” por la salvación de todos. Es una contradicción acercarnos a “comulgar” con Jesús resistiéndonos a preocuparnos de algo que no sea nuestro propio interés.

Nada hay más central y decisivo para los seguidores de Jesús que la celebración de esta cena del señor. Por eso hemos de cuidarla tanto. Bien celebrada, la eucaristía nos modela, nos va uniendo a Jesús, nos alimenta con su vida, nos familiariza con el evangelio, nos invita a vivir en actitud de servicio fraterno y nos sostiene en la esperanza del reencuentro final con él.

Jesús crea un clima especial en la cena de despedida que comparte con los suyos la víspera de su ejecución. Sabe que es la última. Ya no volverá a sentarse a la mesa con ellos hasta la fiesta final junto al Padre. Quiere dejar bien grabado en su recuerdo lo que ha sido siempre su vida: pasión por Dios y entrega total a todos.

Esa noche lo vive todo con tal intensidad que, al repartirles el pan y distribuirles el vino, les viene a decir estas palabras memorables: “Así soy yo. Les doy mi vida entera. Miren este pan es mi cuerpo roto por Uds; este vino es mi sangre derramada por todos. No me olviden nunca. Hagan esto en memoria mía. Recuérdeme así: totalmente entregado a Uds. Esto alimentará sus vidas.

Para Jesús es el momento de la verdad. Esa cena se reafirma en su decisión de ir hasta el final en su fidelidad al proyecto de Dios –seguirá siempre del lado de los débiles, morirá enfrentándose a quienes desean otra religión y otro Dios olvidado del sufrimiento de la gente; dará su vida sin pensar en sí mismo. Confía en el Padre. Lo dejará todo en sus manos.

Celebrar la eucaristía es hacer memoria de este Jesús, grabando dentro de nosotros como vivió él hasta el final. Reafirmarnos en nuestra opción por vivir siguiendo sus pasos. Tomar en nuestras manos nuestra vida para intentar vivirla hasta las últimas consecuencias.

Celebrar la eucaristía es, sobre todo, decir como él: “esta vida mía no la quiero guardar exclusivamente para mí. No la quiero acaparar solo para mi propio interés. Quiero pasar por esta tierra reproduciendo en mí algo de lo que él

vivió. Sin encerrarme en mi egoísmo; contribuyendo desde mi entorno y mi pequeñez a hacer un mundo más humano.

Es fácil hacer de la Eucaristía otra cosa muy distinta de lo que es. Basta con ir a Misa a cumplir una obligación, olvidando lo que Jesús vivió en la última cena. Basta con salir de la Iglesia sin decidimos nunca a vivir de manera más entregada.

Nosotros hablamos de “misa” o de “eucaristía. Pero los primeros cristianos la llamaban “la cena del Señor” y también “la mesa del Señor”. Tenían todavía muy presente que celebrar la eucaristía no es sino actualizar la cena que Jesús compartió con sus discípulos la víspera de su ejecución. Pero, como advierten hoy los exegetas, aquella “última cena” fue solo la última de una larga cadena de comidas y cenas que Jesús acostumbraba a celebrar con toda clase de gente.

Las comidas tenían entre los judíos un carácter sagrado que a nosotros hoy se nos escapa. Para una mente judía, el alimento viene de Dios. Por eso la mejor manera de tomarlo es sentarse a la mesa en actitud de acción de gracias, compartiendo el pan y el vino como hermano. La comida no es solo para alimentarse, sino el mejor momento para sentirse todos unidos y en comunión con Dios, sobre todo el día sagrado del sábado en que se come, se canta, se escucha, la Palabra de Dios y se disfruta de una larga sobremesa.

Por eso los judíos no se sentaban a la mesa con cualquiera. No se come con extraños o desconocidos. Menos aún con pecadores impuros o gente despreciable. ¿Cómo compartir el pan, la amistad y la oración con quienes viven lejos de la amistad de Dios?

La actuación de Jesús resultó sorprendente y escandalosa. Jesús no selecciona a sus comensales. Se sienta a la mesa con publicanos, deja que se le acerquen las prostitutas, come con gente impura y marginada, excluida de la Alianza con Dios. Los acoge no como moralista, sino como amigo. Su mesa está abierta a todos, sin excluir a nadie. Su mensaje es claro: todos tienen un lugar en el corazón de Dios.

Después de veinte siglos de cristianismo, la eucaristía puede aparecer hoy una celebración piadosa, reservada solo a personas ejemplares y virtuosas. Parece que se han de acercar a comulgar con Cristo quienes se sientan dignos de recibirlo con alma pura. Sin embargo la “mesa del Señor” sigue abierta a todos, como siempre.

La eucaristía es para personas abatidas y humilladas que anhelan paz y respiro; para pecadores que buscan perdón y consuelo; para gentes que vienen con el corazón hambriento de amor y amistad. Jesús no viene al altar para los justos, sino para los pecadores; no se ofrece solo a los sanos, sino a los enfermos.

Los estudios sociológicos lo destacan con datos contundentes: los cristianos de nuestras Iglesias occidentales están abandonando la misa dominical. La celebración, tal como ha quedado configurada a lo largo de los siglos, ya no es capaz de nutrir su fe ni de vincularlos a la comunidad de Jesús.

Lo sorprendente es que estamos dejando que la misa “se pierda” sin que este hecho apenas provoque reacción alguna entre nosotros. ¿No es la eucaristía el centro de la vida cristiana? ¿cómo podemos permanecer pasivos, sin capacidad de tomar iniciativa alguna? ¿Por qué los creyentes no manifestamos nuestra preocupación con más fuerza y dolor?

La desafección por la misa está creciendo incluso entre quienes participan en ella de manera incondicional. Es la fidelidad ejemplar de estas minorías la que está sosteniendo a las comunidades, pero ¿podrá la misa seguir viva solo a base de medidas protectoras que aseguren el cumplimiento del ritual actual?

Las preguntas son inevitables: ¿no necesita la Iglesia en su centro una experiencia más viva y encarnada de la cena del Señor que la que ofrece la liturgia actual? ¿Estamos tan seguros de estar haciendo hoy bien lo que Jesús quiso que hiciéramos en memoria suya?

¿Es la liturgia que nosotros repitiendo desde hace siglos la que mejor puede ayudar en estos tiempos a los creyentes a vivir lo que vivió Jesús en aquella cena memorable donde se concentra, se recapitula y se manifiesta cómo y para qué vivió y murió el Señor? ¿Es la que más nos puede atraer vivir como discípulos suyos al servicio de su proyecto del reino del Padre?

Hoy todo parece oponerse a la reforma de la misa. Sin embargo, cada vez será más necesaria si la Iglesia quiere vivir del contacto vital con su Señor. El camino será largo. La transformación será posible cuando la Iglesia sienta con más fuerza la necesidad de recordar a Jesús y de vivir de su Espíritu. Por eso también ahora lo más responsable no es ausentarse de la misa, sino contribuir a la conversión a Jesucristo.

“Dichosos los llamados a la cena del Señor” Así dice el sacerdote mientras muestra a todo el pueblo el pan eucarístico antes de comenzar su distribución ¿Qué eco tienen hoy estas palabras en quienes la escuchan?

Muchos, sin duda, se sienten dichosos de poder acercarse comulgar para encontrarse con Cristo y alimentar en él su vida y su fe. Bastantes se levantan automáticamente para realizar una vez más un gesto rutinario y vacío de vida. Un número importante de personas no se sienten llamadas a participar y tampoco experimentan por ello insatisfacción alguna.

Y sin embargo, comulgar puede ser para el cristiano el gesto más importante y central de toda la semana, si vive con toda su expresividad y dinamismo.

La preparación comienza con el canto o recitación del padrenuestro. O nos preparamos cada uno por nuestra cuenta para comulgar individualmente. Comulgamos formando todos una familia que, por encima de tensiones y diferencias, quiere vivir fraternalmente invocando al mismo Padre y encontrándonos todos en el mismo Cristo.

No se trata de rezar un padrenuestro dentro de la misa. Esta oración adquiere una profundidad especial en este momento. El gesto del sacerdote, con las manos abiertas y alzadas, es una invitación a adoptar una actitud confiada al ir a comulgar: dando el pan alimenta nuestra vida en esta comunión; venga tu reino y venga Cristo a esta comunidad, perdona nuestras ofensas y prepáranos para recibir a tu Hijo.

La preparación continúa con el abrazo de paz, gesto sugestivo y lleno de fuerza, que nos invita a romper los aislamientos, las distancias y la insolidaridad egoísta. El rito, precedido por una doble oración en que se pide la paz, no es simplemente un gesto de amistad. Expresa el compromiso de vivir contagiando "la paz del Señor", curando heridas, eliminando odios, reavivando el sentido de fraternidad, despertando la solidaridad.

La invocación "Señor, yo no soy digno", dicha con fe humilde y con el deseo de vivir de manera más fiel a Jesús, es el último gesto antes de acercarnos cantando a recibir al Señor, La mano extendida y abierta expresa la actitud de quien, pobre e indigente, se abre a recibir el pan de la vida.

El silencio agradecido y confiado que nos hace conscientes de la cercanía de Cristo y de su presencia viva en nosotros, la oración de toda la comunidad cristiana y la última bendición ponen a fin a la comunión ¿No se afirmaría nuestra fe si acertáramos a comulgar con más hondura?

**ORACIÓN COMUNITARIA:** Ahora realizamos, las suplicas, acciones de gracias o peticiones que podamos agregar.....

**ACTUAMOS:** PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitario